

Un relámpago iluminó todas las fachadas de la calle, como si la puerta de un horno se hubiese abierto y cerrado rápidamente.

Una terrible detonación estalló sobre la barricada. La bandera roja cayó al suelo. La descarga había sido tan violenta y tan densa, que había cortado el asta, es decir, la punta de la lanza del ómnibus. Las balas que habían rebotado en las fachadas de las casas penetraron en la barricada é hirieron á muchos hombres.

La impresión de esta primera descarga fué glacial. El ataque era violento y de tal naturaleza, que pareció grave á los más atrevidos: era evidente que debían luchar con un regimiento por lo menos.

—Compañeros,—gritó Courfeyrac,—no gastemos pólvora en balde; esperemos á que entren en la calle para contestarles.

—Ante todo,—dijo Enjolras,—icemos de nuevo la bandera.

Precisamente había caído á sus piés y la levantó.

Oíase por fuera el ruido de las baquetas en los fusiles; la tropa cargaba las armas.

Enjolras añadió:

—¿Quién tiene corazón aquí? ¿Quién se atreve á clavar la bandera sobre la barricada?

Ninguno respondió. Subir á la barricada en el momento en que la estaban apuntando de nuevo, era morir, y el más valiente duda al condenarse á muerte. Enjolras mismo temblaba, y repitió:

—¿Nadie se atreve?

II

LA BANDERA ROJA IZADA

Desde que los insurgentes habían llegado á Corinto y empezado á construir la barricada, nadie se había acordado del señor Mabeuf, que, sin embargo, no había abandonado al grupo. Había entrado en el piso bajo de la taberna, sentándose detrás del mostrador. Allí se había anonadado en sí mismo, por decirlo así: parecía que no veía, ni pensaba. Courfeyrac y otros se habían acercado á él, advirtiéndole del peligro, aconsejándole que se retirara, sin que pareciera que los hubiera oído. Cuando no le hablaban, se movían sus labios como si contestase á alguno, y así que se le hablaba, parecían inmóviles y se apagaban sus ojos.

Algunas horas antes de que fuese atacada la barricada había tomado una postura que no había abandonado, con ambas manos sobre las rodillas y la cabeza inclinada hacia adelante, como si estuviese mirando un abismo. Nada había podido sacarle de esta actitud; no parecía que su pensamiento estuviese en la barricada.

Cuando cada uno ocupó su puesto de combate, no quedaron en la sala baja más que Javert atado al poste, un insurgente con el sable custodiándole y el

señor Mabeuf. En el momento del ataque, de la detonación, le conmovió una sacudida física, y, como si despertase, se levantó bruscamente, atravesó la sala y apareció en la puerta de la taberna en el momento en que Enjolras repetía por segunda vez su pregunta:

—¿No se atreve nadie?

La presencia del anciano causó una especie de conmoción en todos los grupos, y se oyeron estos gritos:

—¡Es el votante! ¡El convencional! ¡El representante del pueblo!

Es muy probable que él no lo oyera.

Dirigióse hacia Enjolras: los insurgentes se apartaban á su paso con religioso temor; cogió la bandera á Enjolras que retrocedió petrificado, y sin que nadie se atreviese á detenerle y auxiliarle, aquel anciano de ochenta años, con la cabeza temblorosa y el pie firme, empezó á subir lentamente la escalera de adoquines hecha en la barricada. Era aquello tan sombrío y tan grande, que todos gritaron á su alrededor:—¡Abajo los sombreros!

A cada escalón que subía, sus cabellos blancos, su faz decrepita, su gran frente calva arrugada, sus ojos hundidos, su boca asombrada y abierta, con la bandera roja en su envejecido brazo, saliendo de la sombra, engrandeciéndose en la claridad sangrienta de la antorcha, parecía el espectro de 1793, saliendo de la tierra con la bandera del terror en la mano.

Cuando estuvo en lo alto del último escalón, cuando aquel fantasma tembloroso y terrible, de pie sobre aquel montón de escombros, en presencia de mil doscientos fusiles invisibles, se levantó en frente de la muerte, y como si fuese más fuerte que ella, toda la barricada tomó en las tinieblas un aspecto sobrenatural y colosal.



— ¡ Viva la república!

Hubo ese silencio que sólo producen en su derredor los prodigios.

En medio de este silencio, el anciano agitó la bandera roja y gritó:

—¡Viva la revolución! ¡Viva la república! ¡Fraternidad! ¡Igualdad! ¡Y la muerte!

Oyóse desde la barricada un cuchicheo bajo y rápido semejante al de un sacerdote que despacha apresurado una oración. Era probablemente el comisario de policía que hacía las intimaciones legales desde el otro extremo de la calle.

Después, la misma voz vibrante que había dicho «¿quién vive?» gritó:

—¡Retiraos!

El señor Mabeuf, pálido, con los ojos extraviados, las pupilas iluminadas con lúgubres fulgores, levantó la bandera por cima de su frente y repitió:

—¡Viva la república!

—¡Fuego!—dijo la voz.

Una segunda descarga, semejante á una metralla, cayó sobre la barricada.

El anciano se dobló sobre sus rodillas, después se levantó, dejó escapar la bandera de sus manos y cayó hacia atrás sobre el suelo, inerte, á todo lo largo y con los brazos en cruz.

Arroyos de sangre corrieron por debajo de su cuerpo. Su arrugado rostro, pálido y triste, parecía mirar al cielo.

Una de estas emociones superiores al hombre, que le hacen olvidarse de su propia defensa, sobrecogió á los insurgentes y se aproximaron al cadáver con respetuoso espanto.

—¡Qué hombres son estos regicidas!—dijo Enjolras.

Courfeyrac se inclinó al oído de Enjolras.

—No lo digo por tí, y no quiero disminuir tu

entusiasmo; pero éste no fué nunca regicida. Le conocía; se llamaba el señor Mabeuf, y no sé qué tendría hoy, pero era un soberbio tonto; mira su cabeza.

—Cabeza de tonto y corazón de Bruto,—respondió Enjolras.

Después elevó la voz y dijo:

—Ciudadanos: este es el ejemplo que los viejos dan á los jóvenes. Estábamos dudando, y se ha presentado; retrocedíamos, y él ha avanzado. ¡Ved ahí lo que los que tiemblan de viejos enseñan á los que tiemblan de miedo! Este anciano es augusto á los ojos de la patria: ha tenido una larga vida y una magnífica muerte. Retiremos ahora el cadáver, y que cada uno de nosotros defienda á este anciano muerto, como defendería á su padre vivo; que su presencia haga inaccesible nuestra barricada.

Un murmullo de enérgica adhesión siguió á estas palabras.

Enjolras se encorvó, levantó la cabeza del anciano y le besó con solemnidad en la frente; después, separándole los brazos y manejándole con tierna precaución, como si temiese hacerle daño, le quitó la levita, enseñó sus sangrientos agujeros y dijo:

—¡Esta será ahora nuestra bandera!

III

DONDE VERÁ EL LECTOR QUE GAVROCHE
HABRÍA HECHO MEJOR EN TOMAR LA CARABINA
DE ENJOLRAS

Cubrióse al señor Mabeuf con un viejo pañuelo negro de la viuda Hucheloup: seis hombres hicieron con sus fusiles una camilla de campaña, pusieron en ella el cadáver y le llevaron con la cabeza desnuda, con solemne lentitud, á la mesa grande de la sala baja.

Aquellos hombres, comprometidos en la sagrada y grave revolución que estaban realizando, no pensaban en su peligrosa situación.

Cuando el cadáver pasó cerca de Javert, que continuaba impasible, Enjolras dijo al espía:

—¡Y tú en seguida!

Entretanto, el pequeño Gavroche, único que no había abandonado su puesto, quedándose en observación, creía ver algunos hombres que se aproximaban como lobos á la barricada. De repente gritó:

—¡Desconfiad!

Courfeyrac, Enjolras, Juan Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel y Bossuet, todos salieron en tumulto de la taberna. Apenas era ya tiempo.

Descubriase un gran espesor de bayonetas ondu-